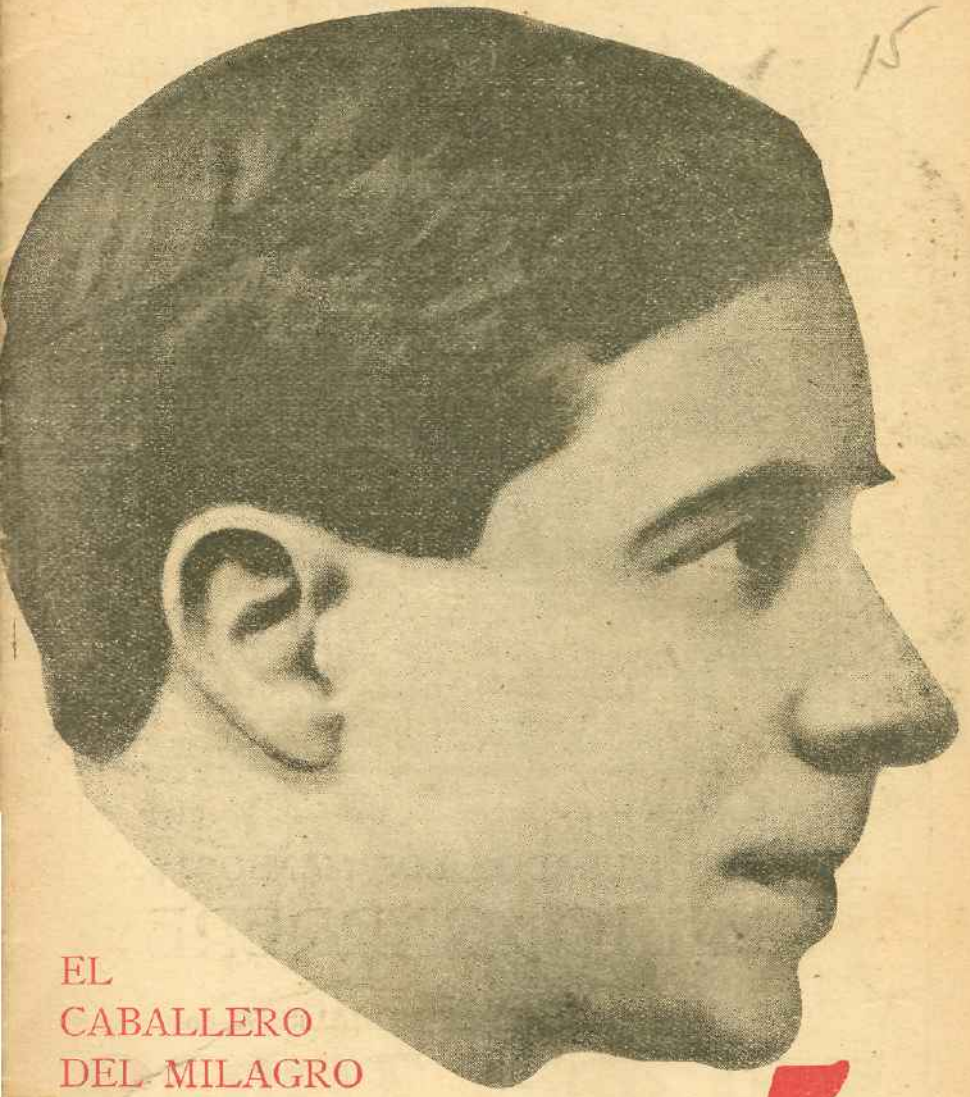
# La Novela Corta



## EL CABALLERO DEL MILAGRO

POR

**Francisco Villaespesa**

**5 cts.**

Diputación de Almería — Biblioteca. Caballero del Milagro, El., p. 1

Año I — Madrid, 22 de Abril de 1916 — Núm. 15

# La Novela Corta

REVISTA SEMANAL LITERARIA

Publica los SÁBADOS una novela rigurosamente INÉDITA

Fundador y Director: José de Urquía

COLABORADORES ÚNICOS

LOS INSIGNES NOVELISTAS Y DRAMATURGOS

Galdós.-Benavente.-Pardo Bazán.-Octavio Picón.-Eugenio Sellés.-Guimerá. Valle Inclán.-Baroja.-Blasco Ibáñez.-Alvarez Quintero.-Martínez Sierra.-Azorín.-Dicenta.-Linares Rivas.-Manuel Bueno.-Marquina.-Gómez Carrillo.-Ricardo León.-Trigo.-Rusiñol.-Pompeyo Gener.-Unamuno.

LOS PERIODISTAS ILUSTRES

Bonafoux.-Zamacois.-Cristóbal de Castro.-Parmeno.-Zozaya.-Pérez Zúñiga. Colombine.-Francés.

POETAS Y PROSISTAS AMERICANOS

Santos Chocano.-Leopoldo Lugones.-Amado Nervo

Y LOS JÓVENES MAESTROS

Prudencio Iglesias. - Eugenio Noel. - Pedro de Répide. - Villaespesa. - Alberto Insúa.-Carrere.-Hoyos Vinent.-Belda, García Sanchiz.-Pérez Ayala.

Esta Revista no acepta otros trabajos que los de sus colaboradores ÚNICOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

| MADRID Y PROVINCIAS | | EXTRANJERO | |
|---|---|---|---|
| Semestre | 1.50 ptas. | Semestre | 3.— ptas. |
| Año | 3.— » | Año | 6.— » |

No se acepta el pago en sellos

Administración: Luna, 27, Madrid - Apartado 498 - Teléfono 5224

ESTA OBRA NO SE PRESTA

## El próximo número

BIENAVENTURADOS LOS MANSOS, por

# EMILIO CARRERE

El sábado, 6 de Mayo, EL MORALISTA, por

# FELIPE TRIGO

Próximamente: Unamuno.—Linares Rivas.—Condesa de Pardo Bazán.—Eugenio Sellés.—Pío Baroja.—Marquina.

Prohibida la reproducción del texto.

Diputación de Almería — Biblioteca: Caballero de Milagro, Ell., p. 2.

R-8591 A

# El Caballero del Milagro.

## NOVELA INEDITA

POR

## FRANCISCO VILLAESPESA

EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL
Biblioteca
ALMERIA

### I

El viejo y altivo castellano, arrodillado devotamente á las plantas del santo ermitaño, narraba con sincera y profunda emoción todo el trágico y llameante desastre de su vida, de aquella larga y tempestuosa existencia consagrada por completo á los más crueles y satánicos cultos del vicio y del crimen.

Sus manos feroces y acerbas de zarpa se cruzaban, ahora, sobre el pecho en un ademán suplicante de fervorosa imploración o se tendían desesperadas, al cielo, trémulas y angustiosas en el supremo naufragio de sus últimas esperanzas.

Diputación de Almería — Biblioteca. Caballero del Milagro, El., p. 3

En las tinieblas relampagueantes de sus pupilas sanguinarias parecían abrirse nacientes y remotas claridades, como si en su fondo comenzaran a alborear los azules y vagos reflejos de una tácita y milagrosa aurora de paz y de consuelo inefables.

Y por su voz, autoritaria y áspera, como forjada a martillazos sobre el hierro más duro, pasaban, a veces, rápidos enternecimientos de armiño, suavidades y frescuras desconocidas, algo así como el aroma purificador y embrionario de una promesa de primavera...

De cuando en cuando se detenía, tembloroso y espantado como si de súbito, a la material evocación de cada nuevo episodio, sus ojos se desvendasen y por primera vez sintiera todo el horror y todo el vacío del tenebroso e insondable abismo, en el que se fueron hundiendo, uno tras otro, sus días fugitivos y estériles, arrebatados por el frenético torbellino de las pasiones más violentas.

El santo ermitaño, sentado en tosco y miserable escabel de madera, le oía inmóvil, imperturbable, en la augusta serenidad de su recogimiento, con los codos apoyados sobre las rodillas y con la frente, pálida y mustia de meditaciones, reclinada en la eucarística blancura de sus manos escuálidas y exangües.

Era flaco, enjuto y retorcido, como si estuviese formado por las más hondas, puras y ocultas raíces de la oración y de la abstinencia.

Una luminosidad suave y penetrante parecía fluir de todo su sér, espiritualizando la severidad ascética de sus facciones, magnificando con un esplendor de fastuosas púrpuras imperiales la miseria sórdida y raída de su pobre sayal de estameña, y dando a la transparencia azul de sus miradas un divino fulgor de cielo en éxtasis, como si en su interior ardiesen, alimentadas por la fe más ardiente, todas las maravillosas y perennes lámparas de la vida.

Bajo la apoteosis dorada y purpúrea del crepúsculo, en la

Diputación de Almería — Biblioteca. Caballero del Milagro, El., p. 4

paz inefable y mística de la hora, por los rústicos senderos, floridos de penumbras, resonaban piadosamente las lentas y acompasadas salmodias de los peregrinos.

Austeros y graves, apoyados en sus santos bordones, y flotantes al viento las luengas guedejas desgreñadas, ascendían en filas hasta la cumbre frondosa y abrupta, donde entre el verdor húmedo de los álamos albeaban los altos y esbeltos muros del milagroso santuario.

Por las enmarañadas laderas del monte, por las cañadas olorosas y fértiles, y a lo largo de las riberas pródigas del río, los pastores dirigían al aprisco sus ganados entre silbos de hondas, balar de corderos, ladridos de mastines y trémulos y musicales desgranamientos de flautas y zampoñas...

Las ovejas, envueltas en la indecisa polvareda crepuscular, descendían por las herbosas vertientes, ramoneando en las zarzas y en los saúcos de los vallados y de las cercas, husmeando en los matorrales y sonorizando el silencio con el claro y agudo temblor de plata y de cristal de las esquilas tambaleantes...

Los peregrinos pasaban lentamente entre ellas con las manos extendidas, derramando bendiciones, ahuyentando con la santa eficacia de sus conjuros todas las plagas y todos los maleficios que descienden sobre los rebaños.

Sus voces se derramaban en la brisa como un perfume de santidad:

—¡Que el divino y blanco cordero, que bala en los puros y fuertes brazos del Bautista, impida que los agudos dientes del lobo y las terribles garras de la pantera, que rondan por la noche en torno de los rediles, se claven en vuestras nucas!

—¡Que la casta y alba paloma del Santo Espíritu ahuyente y ciegue, con sus fúlgidos triángulos de luz, a las águilas rapaces y a los inmundos quebrantahuesos, cuyas curvas y afiladas uñas anhelan ensangrentar la cándida blancura de vuestros suaves vellones!

Diputación de Almería — Biblioteca. Caballero del Milagro, El., p. 5

—¡Que las rastreras víboras del estío no viertan en vuestras venas la corrosiva ponzoña de sus mortales aguijones, cuando sesteéis á la sombra de los benditos árboles que alegran la amarillenta aridez de los rastrojos!

—¡Que nunca os falte la frescura del agua en las barrancas, ni la hierba del Señor en las praderas!

—¡Que ninguna epidemia os diezme, ni los aludes que ruedan de las altas cimas os arrastren al fondo de los negros precipicios!

—¡Que los blancos y rubios Serafines que custodian las heredades, os libren del mal de ojo y del pernicioso influjo de esas malas gentes que atraen la desgracia por donde quiera que proyectan su sombra!

—¡Que vuestras ubres, repletas y desbordantes siempre de la más pura y sabrosa leche, alimenten sólo buenos cristianos, temorosos de Dios, y que vuestros finos vellones, hilados en ruecas de plata por manos de vírgenes princesas, cubran las místicas desnudeces de los santos en los altares perfumados con mirra, áloe e incienso, y abriguen a los humildes de corazón que buscan un refugio en la casa de Dios!...

—¡La bendición del Señor y todos los dones del cielo caigan perennemente sobre vuestras cabezas y las de vuestros dueños!

Y los blancos corderos, como agradecidos de aquellos santos augurios, refregaban humildemente sus finos y húmedos hocicos en los pardos sayales de los penitentes.

Algunos, más familiares, llegaban hasta lamer, con sus lenguas ásperas y lijosas, las manos endurecidas y las plantas desnudas y llagadas de haber regado con su sangre las asperezas de todos los caminos.

También los pastores, dando pruebas de profunda veneración, se arrodillaban á su paso, abandonando el cayado y la zampoña á orillas del sendero, para ofrecerles, en ingenuas y devotas aptitudes, que evocaban las viejas y piadosas adora-

Diputación de Almería — Biblioteca. Caballero del Milagro, El., p. 6

ciones natales, sus odres de cuero, rebosantes de fresca leche, y sus cuencos de madera, desbordantes de hidromiel.

Algún mastín, agitando el hierro de su carlanca, y estremeciendo festivamente la larga y lanuda cola, humedecía sus amarillentos y retorcidos colmillos en las bullentes é irisadas espumas de un torrente que, con estruendos de cascada, rodaba atronante entre las rocas, perlando de plata las campanillas y los nardos silvestres que se balanceaban como incensarios a los soplos de la brisa.

El esquilón de la ermita rezaba el Angelus...

Una paz inefable, una maravillosa beatitud parecía bajar de los altos cielos, azules de serenidad, cobijando y recogiendo á la tierra bajo la sombra de sus blancas é inmóviles alas de Arcángel, perfumando de una suprema religiosidad los campos adormecidos, purificando la atmósfera y los pensamientos, y dándole al crepúsculo mágicas y sobrehumanas sonoridades de laudes de plata y de arpas de cristal...

¡Extasis puro y santo de la hora, donde todo parece diluirse en una plegaria silenciosa, en una quietud de infinito anonadamiento, en un divino mutismo, en el que se acallan milagrosamente los más rebeldes tumultos del corazón y de la conciencia!...

Manos invisibles de suavidad y de consuelo encadenan, con frescas guirnaldas de lirios en flor, todas las fierezas y voracidades del deseo; y á su amparo, las conciencias se abren para purificarse como esas flores que sólo dan su fragancia en el *misterio de las sombras*...

¡Hora solemne y pía!... Para arrodillarse al borde de los caminos que conducen á los santuarios é inclinar nuestra altivez hasta besar filialmente la pródiga tierra de la que fuimos amasados!

¡Permanecer así, con los labios pegados a ella, respirando su aliento purificador y absorbiendo sus jugos maternales, hasta que sintamos florecer en nuestro cuerpo y en nuestra alma las rosas celestiales del milagro, mientras el blanco y

Diputación de Almería — Biblioteca. Caballero del Milagro, El., p. 7

blondo Arcángel del crepúsculo eleva hasta la apoteosis de los altos cielos profundos, en las alburas de sus manos, como manojo de místicas azucenas, la inmaculada pureza de nuestras íntimas plegarias!...

## II

El viejo y altivo castellano, postrado de hinojos, con los labios casi pegados al oído del santo ermitaño, como temeroso de que alguien pudiese respirar el aliento de sus palabras, proseguía purificando su conciencia con la narración detallada y minuciosa de su historia...

Sus manos crispadas y sus ojos desmesuradamente abiertos, se tendían á los cielos en la angustia desesperada de una suprema imploración, y la bárbara y ríspida maraña de sus barbas, de un gris casi plata, se arremolinaba encrespada y fosca, fluctuante sobre adamasquinada coracina, á los violentos impulsos de su respiración acongojada y jadeante.

Eran narraciones sombrías y medrosas, de esas que se glosan á media voz, con bruscos escalofríos de pánico, al rescoldo del hogar, bajo las amplias chimeneas campesinas, en las largas y lluviosas veladas invernales, mientras que la ventisca, con sus gélicas alas de murciélago, azota las vidrieras, y el viento, aullando como un alma en pena, estremece los muros y hace crujir y saltar los oxidados herrajes de las viejas puertas desvencijadas.

Diputación de Almería — Biblioteca. Caballero del Milagro, El., p. 8

A su recuerdo, se despiertan y santigüan despavoridas las doncellas, cuando caen, lentas y graves, como los golpes secos de un azadón sobre la tierra de una fosa, en la cóncava soledad del silencio, las doce plañideras y fatídicas campanadas de la media noche.

Y en todos estos relatos flameaba fieramente su penacho de guerra el alma dura y cruel del altivo caballero.

Fortalezas tomadas a sangre y fuego, en la impetuosa violencia de los asaltos nocturnos...

Entre las llamas y el humo del incendio, el estrépito de los bastiones que se derrumbaban y los ayes de los moribundos, manos cruzadas se tendían suplicantes, implorando clemencia, y voces angustiosas, en los estertores de la agonía, clamaban misericordia en el santo nombre de Dios!...

Y el puñal se hundía violentamente en las carnes, á través de los intersticios de las armaduras, buscando el corazón, y las ferradas mazas caían, como martillos de jayanes, sobre los cráneos indefensos, haciéndoles saltar deshechos...

¡Ricas y poderosas abadías saqueadas sin compasión con la brutalidad más desenfrenada del pillaje: el hacha de armas, destilando sangre en la mano, y la blasfemia espumajeando rabia en la boca!

Las lámparas, rotas; las Sagradas Formas, pisoteadas sacrílegamente; las santas imágenes, escarnecidas y mutiladas, con las cabezas truncas rebotando sobre la marmórea y maravillosa policromía de los mosaicos bizantinos, mientras en los cálices cincelados de oro, en los ciborios relucientes de gemas—votivas ofrendas de la paciencia devota y del fervor exaltado de los más hábiles y famosos artífices—hervía el vino de los sacrificios rituales mezclado con la sangre, aún cálida y humeante, de las pobres víctimas, en las manos brutales de la soldadesca, ebria de placer y de crimen; y sobre la santidad de los altares extendían sus tálamos infamantes la violación y el estupro....

Diputación de Almería — Biblioteca. Caballero del Milagro, El., p. 9

Raptos a media noche sobre las grupas de salvajes corceles, bañados en sangre desde las crines revueltas hasta los cascos martilleantes, tendidos como flechas, en un galopar desenfrenado y frenético, por un fondo humeante de desolación y de ruinas...

Nobles y hermosas doncellas, desgarradas las vestiduras y ahogadas por la férrea presión de las mordazas, se retorcían desesperadamente entre sus brazos de acero, en carreras apocalípticas, a través de los bosques talados y de las llanuras asoladas...

Las deshechas y sueltas cabelleras, tendidas a los vientos de la noche, humeaban entre los resplandores y las chispas del incendio como antorchas recién apagadas...

Su crueldad insaciable necesitaba a cada instante nuevas víctimas que inmolar, nuevos y más truculentos manjares con que nutrir a tantas fieras monstruosas como rugían de hambre en el obscuro y profundo cubil de su alma.

Todos los días, las voraces aves de rapiña revoloteaban, graznando, en torno de las altas torres de su castillo, para devorar los miserables despojos de los cadáveres que pendían de los garfios de las almenas...

¡Con qué furia picoteaban a aquellos pobres ojos inyectados y vidriosos por el trágico espanto de la muerte, que a los rayos del sol parecían arder, encendidos por intensas y sobrehumanas cóleras, como reclamando al destino un castigo ejemplar para su implacable verdugo!...

A veces, su crueldad tenía refinamientos inauditos, rasgos tan trágicos y además tan grotescos que espantaban...

Cosía a sus enemigos en pieles de terneras recién degolladas, y los lanzaba de esta guisa a los montes más inhospitalarios para que sirvieran de presa a las alimañas de los bosques o cazarlos de nuevo, con sus jaurías de perros salvajes, entre las carcajadas de sus monteros, que con sus corvos y afilados cuchillos los remataban...

Diputación de Almería — Biblioteca. Caballero del Milagro, El., p. 10

Sus festines habían alcanzado una lúgubre popularidad en todos aquellos reinos, y más de un juglar había encontrado en ellos motivo para las más espantosas farsas y los más espeluznantes romances...

¡Cuántos nobles convidados a su mesa, después de una orgía digna del más monstruoso Sardanápalo, serpentearon de dolor bajo el delirio alucinante del veneno, mientras el anfitrión, con su látigo de piel humana y sus silbidos de chacal, azuzaba a sus famélicos mastines para que con sus dentelladas hiciesen más espantosa la agonía de aquellos infelices!...

Jamás en el estéril granito de su alma, rígida, dura y teuaz como una espada, pudo florecer el santo lirio de la piedad y la celeste violeta de una buena acción...

Se reía burlonamente de las lágrimas con la misma insolente truhanería con que celebraba los gestos dislocados y las piruetas inverosímiles de sus histriones...

Desde la cima inexpugnable del roceso picacho, donde se alzaba, como un verdadero nido de águilas, su almenado y triste castillo solariego, entre el estruendo de los cuernos de guerra y los alaridos de sus mesnaderos, descendía hasta el fondo de los valles como una avalancha, a cuyo paso todo desaparecía y se aniquilaba en la desolación más espantosa...

Los aldeanos se santiguaban al oir su nombre como si nombrasen a Satanás o apareciesen, nublando los cielos, esos negros y confusos nubarrones que anuncian, en los fértiles días del verano, el pedrisco que mata a las mieses o a la terrible tempestad que desborda los ríos y destruye las cabañas...

Los burgos y las alquerías comarcanas, porque los libertasen de las furias del indómito castellano, hacían desbordarse de ofrendas votivas las capillas de sus santos patronos...

Grandes cirios de cera virgen ardían perennemente en los floridos altares, y entre el humo de los incensarios y los acordes de las arpas y los laudes, la multitud, arrodillada, cubier-

Diputación de Almería — Biblioteca. Caballero del Milagro, El., p. 11

ta de ceniza como para una expiación, elevaba al cielo sus rogativas...

A su presencia, las rodillas más firmes se doblaban, los rostros más varoniles palidecían, y las matronas grávidas sentían los dolores dislacerantes del aborto...

El viejo castellano recordaba ahora, con espanto, sus propias hazañas, y al narrárselas al santo ermitaño parecían quemarle los labios con todos los fuegos del infierno.

Legiones interminables de espectros resucitaban en su memoria en un aquelarre espantoso, cuyos aullidos de dolor y gritos de venganza atenaceaban su corazón en un suplicio diabólico...

Algunos, entreabriendo con sus manos esqueléticas los rotos sudarios ensangrentados, le mostraban con gestos que le hacían erizar de espanto los cabellos, húmedas aún, como si fueran recientes, las antiguas heridas...

En la noche atribulada y obscura de su espíritu rugían los vientos acusaciones terribles y fatídicas amenazas.

—¿Qué has hecho de mi hijo?—prorrumpía el fantasma de una pobre madre a quien él mandara un día, como rico presente de cumpleaños, envuelto en fastuosos paramentos de tisú y oro, el cuerpo desnudo y acribillado de saetazos de su único hijo, tendido sobre un azafate de plata repujada, tan grande y pesado que cuatro fornidos mesnaderos apenas podían sostenerlo.

—¡Devuélveme a mi esposo!—le recriminaba en la sombra la voz desgarradora y lacrimosa de una joven condesa a quien arrojó con una catapulta la cabeza canforada de su marido, hecho prisionero en una traidora celada, cuando, desarmado, con el gerifalte al puño y en los ojos la alegría del amor y la vida, salió a volar garzas, al día siguiente de sus nupcias.

Pero lo que más le atormentaba era la imagen de una bella y noble infanzona, a la cual su ferocidad había hecho apurar todos los tósigos del infierno.

Diputación de Almería — Biblioteca. Caballero del Milagro, El., p. 12

Su recuerdo se interponía siempre, como una sombra, en su camino, obligándole a detenerse espantado, erizado el cabello, sin atreverse á volver el rostro por miedo de encontrar, expiándole para martirizarle, aquellas grandes y azules pupilas llorosas, cuyas miradas las sentía penetrar en su corazón como la fría hoja de un puñal asesino...

Muchas veces, en plena orgía, apartó la copa de sus labios al contemplar su silueta muda e inmóvil, acurrucada tras un tapiz o como formada por el aliento de algo muy misterioso, esfumarse en los borrosos cristales de los amplios espejos, y el vino se derramó en la alfombra sin que él lo gustase...

Y la veía ahora como siempre, allí, a su lado, igual que se le apareció la vez primera cuando, desmelenada y lívida, cruzó el puente del castillo para arrojarse a sus plantas, implorando la vida y la libertad de su padre: un anciano infanzón a quien había apresado yendo de romería al sepulcro del Santo Apóstol de la Cristiandad, y que retenía con la esperanza de un espléndido rescate en una de las mazmorras de sus prisiones...

Bajo el velo trémulo de las lágrimas, sonreía inefablemente la gracia espiritual de su hermosura, evocadora de aquellas madonas dolorosas que inmortalizaron los ingenuos pinceles de los primitivos en los frescos claustrales de Pisa y de Siena.

A la contemplación de tanta hermosura y de tanta inocencia juvenil, una idea satánica pasó de súbito por la mente del castellano, y, bajo sus negros y ásperos mostachos, una sonrisa triunfal dejó al descubierto, por un instante, la cruel blancura de sus dientes de lobezno.

Fingiendo una conmoción profunda y un arrepentimiento sincero, alzó galantemente a la hermosa doncella y mandó que, libre de grillos y de cadenas, y con todos los honores correspondientes a su alta alcurnia, condujesen al padre al más suntuoso de sus salones señoriales, aquel donde, sentado

Diputación de Almería — Biblioteca. Caballero del Milagro, El., p. 13

en una especie de solio con dosel blasonado, acostumbraba a recibir el homenaje de sus deudos y de sus vasallos.

Sus hombres de armas se miraban extrañados de tanta y tan desusada magnanimidad, trocando en voz baja expresiones de asombro, y señalando en la belleza y en la juventud de la infanzona las verdaderas causas de aquel, para ellos, incomprensible milagro.

En el umbral apareció la grave y austera figura del anciano seguida de pajes y escuderos.

Los regatones de las picas golpearon en su honor cinco veces el suelo, y las trompetas de oro dejaron escapar sus vibrantes clamores.

El castellano se inclinó ceremoniosamente ante el anciano, y sin darle aun tiempo para caer en los brazos de su hija, ordenó a sus sicarios que le encadenasen fuertemente a una silla de fuego, bárbaro suplicio con el cual solía solazarse.

Y mientras el infanzón se retorcía de dolor, a su presencia, sin que le apiadasen súplicas ni lágrimas, entregó a la hija a la lubricidad vinosa y repugnante de sus bufones.

Al día siguiente, en los muladares del castillo, los cuervos y los perros salvajes se disputaban los despojos de dos cadáveres, mientras en los bosques cercanos atronaban el silencio matinal los roncos ecos de las trompas de caza y el jadeante ulular de las jaurías del castellano...

Diputación de Almería — Biblioteca. Caballero del Milagro, El., p. 14

## II

Y su vida fué siempre una constante orgía de sangre y de infamias, sin que jamás pasase por sus ojos la sombra del más leve remordimiento.

Pero a medida que el frío inexorable de la edad iba helando sus venas, una tristeza horrible, tenaz y lenta, se adueñaba de su corazón, y un hastío asqueante y progresivo anublaba y ensombrecía todos sus placeres.

Muchas veces, en sus escandalosos festines, donde parecían congregarse todas las más absurdas locuras del vicio y de la ostentación, cuando estaba en todo su apogeo la bacanal, se le había visto salir tambaleándose de la sala para deshojar en el rincón más obscuro y apartado de su castillo las guirnaldas de rosas y de verbenas, que como una evocación de paganías ornaban sus sienes...

Hasta en los mismos brazos del amor había sentido este tedio, demoledor y corrosivo como una ponzoña, que le impelía a arrojar del lecho a latigazos a la impúdica cortesana o a la rústica doncella, arrastrada hasta él por la dura y odiosa ley de la servidumbre.

¡Cuántas veces se detuvo aterrorizado, como si le petrificara el espanto, en los umbrales de alguna estancia o en las encrucijadas de algún camino, creyendo ver sombras hostí-

Diputación de Almería — Biblioteca. Caballero del Milagro, El., p. 15

les que le acechaban, puñales desnudos alzados sobre su cuello!

Espectros sangrientos en cuyas facciones creía adivinar trasgos ya conocidos...

El rumor de las cascadas que rodaban ante sus pasos, el murmullo de las florestas estremecidas por el viento, el chirriar de una puerta desvencijada, el taladrar angustioso de una carcoma en el silencio de su cámara, todos los rumores de la soledad y del silencio, hasta el latir de su propio corazón, todo le amedrentaba porque creía escuchar en todo amenazantes cuchicheos y terribles imprecaciones.

Y a medida que su cerebro se iba poblando de pavorosos fantasmas, sus fuerzas disminuían, y las pesadas armaduras y los guerreros arneses se cubrían de polvo en la ociosidad y en el abandono.

Los pueblos y los señoríos comarcanos, después de medio siglo de continuos sobresaltos, pudieron, al fin, dormir tranquilos, sin que el bronce de las campanas les llamase a rebato.

Los atalayas no descubrieron, desde hacía muchos meses, a los rayos de la luna, el resplandor acerado de las cotas y de los yelmos de sus mesnadas.

—¡Nuestro señor se ha vuelto loco!... Hoy ha dejado escapar una presa segura. Unos ricos mercaderes provenzales que iban en peregrinación a besar el sepulcro del Apóstol Santiago, camino de Compostela... Desde las cumbres de esas montañas los han visto los vigías atravesar descuidadamente las ásperas guajaras de los desfiladeros...

—La edad ablanda los dientes de los lobos, y la mano de nuestro señor no puede ya sostener la gloria de su espada.

Este diálogo, que sorprendió una noche, al rescoldo del hogar, entre los dientes de dos de sus más fieles secuaces, fué la última llamarada de su cólera, la postrera explosión de sus violencias.

Sin hablar una palabra, cogió del yar el grueso tronco de encina que en él se consumía, tan pesado que dos bueyes

Diputación de Almería — Biblioteca. Caballero del Milagro, El., p. 16

apenas si pudieron transportarle hasta la poterna, y con él, esgrimiéndolo como si fuese una débil caña, aplastó las cabezas de los murmuradores...

Desde entonces, sus manos no habían vuelto á derramar sangre humana, y una terrible inquietud había sido como la sombra de su cuerpo.

En vano, consultó á los más famosos astrólogos; el cielo permanecía mudo a sus deseos.

De noche no podía conciliar el sueño.

Se revolvía febrilmente en su lecho, y si alguna vez sus párpados, fatigados, se cerraban, un sobresalto súbito y una terrible pesadilla le estremecían de nuevo.

Creía sentir ruido de cadenas como si monstruos ocultos se estuvieran preparando para arrojarle a las más ardientes y voraces gehenas.

Y lívido de espanto y de cólera, saltaba del lecho, y empuñando la espada acuchillaba en las tinieblas a los fantasmas hasta caer rendido, sudoroso, echando espumarajos por la boca sobre las frías losas del pavimento.

Una noche, después de uno de estos espantosos delirios, sintió de pronto como si una suave canción que fuese a un tiempo una divina claridad, se esparciera por las sombras que le rodeaban.

La luna plateaba el azul del jardín, sobre cuyos verdores se abrían las esbeltas ojivas del salón, y entre las ramas de un rosal, todo cubierto de rosas de nieve, se desgranaban en el silencio nocturno los armoniosos trinos de un insomne ruiseñor con la misma sonora y dulce suavidad con que las flechas de diamantes del surtidor se desengarzaban sobre la concha de mármol de la fuente.

Era la flor de su alma que se abría por vez primera a la voz de la piedad.

Y al día siguiente abandonó su castillo sin más compañía que sus remordimientos. Atravesando campos y montañas, cabalgó largas jornadas como atraído por no sabía qué

Diputación de Almería — Biblioteca. Caballero del Milagro, El., p. 17

Irresistible y misteriosa fascinación, en busca de la cabaña d aquel santo ermitaño, del cual se hablaba con profunda vene ración en cien leguas á la redonda, afirmando que poseía e bálsamo divino que todo lo cura y lo purifica, el mismo bál samo con que las tres Marías ungieron el cuerpo del Reden tor antes de depositarle en el santo sepulcro.

## IV.

El santo ermitaño le oía inmóvil con la cabeza entre la manos, sin que la más leve contracción turbase la armónic y perfecta serenidad de sus facciones.

En las brisas campestres, impregnadas de romero, tomi llo y mejorana venían, de cuando en cuando, el eco de la salmodias de los peregrinos y el suspirar errante de algun flauta lejana tañida por algún pastor en las agrestes concavi dades de la montaña.

Y del fondo del valle, entre las vagas y dispersas nebli nas del río, se alzaba ondulando hacia el azul crepuscular como un incienso votivo, el humo familiar de los casales y d los molinos ribereños.

—¡Piedad, piedad!—clamó sordamente el viejo castell no, en sus angustiosas tribulaciones de náufrago, abrazándo desesperadamente, como a una suprema y definitiva espera za, a las flacas y sarmentosas rodillas del ermitaño.

Diputación de Almería — Biblioteca. Caballero del Milagro, El., p. 18

Y en su voz parecía desbordarse toda la infinita tristeza humana en un ansia de liberación y de consuelo.

El santo asceta alzó por fin su pálida frente: su larga barba descendió como un torrente de plata a lo largo de su pecho escuálido, arremolinándose como un remanso de espuma sobre sus rodillas, y colocando paternalmente sus manos exangües, de un blanco amarillo de marfil viejo, sobre el acerado capacete del humillado suplicante, exclamó con voz profunda y suave, con una voz tan consoladora y extraña que parecía venir de otros mundos más serenos sin que tuviese que atravesar garganta humana:

—Grandes son tus pecados, hijo mío; pero la misericordia del Señor es infinita. Su corazón no es como el de esos físicos que sólo curan las más leves dolencias. Para manifestar su omnipotencia, prefiere siempre los enfermos desahuciados, aquellos a quienes ya cortaron la mortaja y encendieron las lámparas funerales en torno de sus lechos.

Su generosidad gusta ejercitarse en los casos extremos, arrebatando a las almas de las mismas garras de Lucifer.

Ten fe. Invoca su santo nombre con fervor y El no te negará su ayuda, acudiendo solícito á salvarte del pecado en que vives y de los terribles castigos que te amenazan.

Quien no rechazó la mano del leproso y atrajo filialmente sobre su seno la rubia cabeza de la pecadora de Magdala; quien dió un rayo de su celeste claridad por guía al más cruel de sus perseguidores, Pablo de Tarso; aquel cuyas últimas palabras, sangrando en la cruz, con el costado desgarrado por la lanza y los labios amargos aún por la hiel de la befa, fueron de caridad y de perdón para sus propios verdugos, no puede abandonarte a ti por más grandes que hayan sido tus pecados y tus crímenes.

Enciende tu corazón como una antorcha en la fe. Cierra los ojos confiado en su divina gracia, y camina sin temores, que la mano del Angel que guió a Tobías te conducirá a través de las tinieblas hasta la eterna luz de la gloria.

Diputación de Almería — Biblioteca. Caballero del Milagro, El., p. 19

Alimenta con tus propias entrañas la piedad y el arrepentimiento, como las madres a los niños encanijados y raquíticos, con más fervor y cariño que si estuviesen sanos y fuertes.

La voz del castellano le interrumpió en una ansiedad palpitante de esperanza.

—¿Y qué he de hacer, padre mío, para redimir todas las infamias y las impurezas de mi vida?

Y sus ojos, febriles de impaciencia, se clavaban en las serenas pupilas del cenobita como pidiendo a ellas la respuesta que fuera el rocío y la paz purificadora del alma...

Mas ellas nada le respondieron, impasibles en su ciega serenidad de bruñido esmalte.

Sólo su voz volvió a perfumar de nuevo la paz del momento con su purificante frescura de manantial.

—Nada más sencillo. Reparte tus riquezas, y a pie, como un mendigo, sin más apoyo ni defensas que tu báculo de romero, sin más adornos que las caracolas de tu esclavina, y sin otro abrigo que tu burdo sayal de penitente, y sin más calzado que la piel de tus plantas, y sin más provisiones que las que depositen en tu mano extendida la caridad de las gentes, atraviesa los campos y las montañas, vadea los ríos, cruza los desiertos y ve a arrojarte a los pies del Vicario de Cristo; y sus benditas manos, depositarias de las llaves del cielo y del destino de las criaturas, al bendecir tu frente, purificarán tu corazón de toda mancha, redimirán tus culpas y harán que vuelva, para siempre, la paz a tu espíritu atormentado.

Y volvió a inclinar dulcemente la austera cabeza entre sus manos.

El viejo castellano dobló con honda pesadumbre la frente como si se hubiesen desplomado sobre ella, de pronto, todos los maravillosos alcázares de su esperanza.

Y su acento se atrevió a suspirar, por fin, en el infinito agobio de su pena.

Diputación de Almería — Biblioteca. Caballero del Milagro, El., p. 20

—¡No hay salvación para este pecador, piadoso ermitaño! ¡No hay salvación!

¿Cómo voy a cruzar yo, pobre y achacoso, consumido por los sufrimientos y agotado por los años, los largos y peligrosos caminos que conducen a Roma? Caeré muerto de fatiga en las primeras jornadas, sin que mis ojos hayan podido contemplar, siquiera a lo lejos, entre el polvo del camino, resplandecer al sol de la gloriosa mañana los altos y fuertes muros de la ciudad eterna.

Esa penitencia es superior a mis fuerzas... No podré cumplirla... ¡Y moriré irredento, condenado!

Y había en sus gestos y en sus palabras un dolor tan sincero y una angustia tan profunda, que el santo ermitaño volvió a levantar el rostro, compadecido de aquel pobre ser arrugado por los años y de aquella alma miserable, derrumbada bajo la desilusión de su última esperanza fallida.

Elevó los ojos al cielo como pidiendo el divino auxilio para mitigar los dolores de aquel infeliz, y así, estático, permaneció orando algunos instante, mientras el castellano esperaba sin atreverse a respirar siquiera, las palabras que habían de decidir su suerte por los siglos de los siglos.

El ascético rostro pareció trasfigurarse en la ferviente imploración, y algo así como una paloma de fuego aleteó en sus oídos mensajera de la celeste gracia.

—Hijo mío—murmuró rompiendo el silencio embarazoso con la más suave dulzura de su voz—; la piedad del Altísimo empieza a manifestarse en tu favor. ¡Loado sea!

Toma este cuenco de madera que me sirve de vaso. Mis propias manos lo han tallado en una santa rama de olivo, de los mismos olivos que escucharon la divina oración del Huerto.

Toma este vaso y encamínate a la fuente, y en cuanto lo veas desbordarse de agua tus culpas estarán lavadas, y podrás regresar tranquilo a tu castillo a esperar, sin temores, tu última hora.

Diputación de Almería — Biblioteca. Caballero del Milagro, El., p. 21

Y poniendo en las temblorosas manos del viejo castellano su rústico y santo vaso, le dió su bendición, y lentamente desapareció entre los frondosos árboles que prestaban sombra a la cabaña.

—¡Alabado sea el santo nombre del Señor!—clamó el castellano cayendo de rodillas en acción de gracias, con los ojos y los brazos tendidos al cielo, en el cual fulguraba ya, como un tembloroso diamante en un manto de seda azul, el resplandor del primer lucero.

Y así permaneció un largo espacio, mientras a lo lejos se oían los piadosos cantos de los romeros y la serena brisa de la tarde refrescaba su alma sedienta con la promesa cristalina y rumorosa de los arroyos y de las fuentes que cantaban en las verdes laderas vecinas y entre las arboledas del fondo del valle.

## V

Terminada la oración, empezó a descender ágil y alegremente por la verde ladera, como si las últimas y piadosas palabras del santo ermitaño, al abrir de nuevo su corazón a la esperanza, le hubiesen quitado de los hombros el fardo de tantos años como vivió cargado de crímenes y de infamias abrumantes.

Al descender la abrupta pendiente sentíase fuerte y ágil

Diputación de Almería — Biblioteca. Caballero del Milagro, El., p. 22

como en aquellos bizarros días de su juventud, en los que al frente de sus hombres de armas cabalgaba armado de punta en blanco sobre su potro de largas crines, a ensayar las fuerzas de su brazo y la resistencia de su lanza, talando y corriendo los campos próximos o asaltando en los caminos de Compostela a los cortejos de nobles peregrinos que iban a cumplir sus votos y a dejar sus ofrendas en los altares del valeroso Apóstol de la Cristiandad.

La frescura del agua le obsesionaba. Sentía en el aire, dentro de sí mismo, en sus propios oídos, fuentes y manantiales que surgían, arroyos y cascadas que rodaban, surtidores abriendo sus abanicos de pedrería, y hasta el rumor sordo y tenaz del mar cercano, fundiendo todos sus rumores, concretando todas sus armonías en una sola, para cantar a su esperanza de redención la lauda y fresca epifanía del agua.

Y ansioso, trémulo de impaciencia, como quien busca un rastro salvador, las huellas luminosas de un ángel para escapar de un diabólico laberinto, registraba entre los matojos floridos del camino, hiriéndose a veces en las zarzas, queriendo encontrar entre las rocas, revestidas de musgo y acairela-das de hiedras y rosales silvestres, la fuente salvadora cuyas claras aguas habían de purificarle de toda escoria, absolviendo a su alma de toda culpa y dándole de nuevo la pureza inmortal de las nieves y de los astros.

—¡Bendita sea tu misericordia, Señor!—exclamó loco de júbilo al contemplar a la sombra de tres finos y altos álamos, cuyas siluetas gentilicias se idealizaban en la luz melosa y suave del crepúsculo, el chorro saltarín y deslumbrante de gemadas irisaciones de una fuente.

El agua que surgía entre los labios de un tritón de piedra, toscamente tallado, para aliviar la sed de los peregrinos que iban a llevar sus votos a la Virgen milagrosa que se venera en el santuario de la cumbre.

El agua surgía musical y cristalina entre los belfos pétreos, rompiéndose en ellos en un arco de plata, que al caer en la

Diputación de Almería — Biblioteca. Caballero del Milagro, El., p. 23

ancha concha de jaspe se desgranaba, como un fúlgido collar, en un milagro de perlas de espuma que rociaban las hierbas del suelo de fugitivas titilaciones deslumbrantes de iris.

Un húmedo perfume de violetas recién abiertas amortiguó la fiebre de sus sentidos exaltados.

Dobló de nuevo la rodilla, y su mano, trémula de emoción y de ansiedad, alargó el santo vaso para recoger en su seno la purificadora refulgencia del agua...

Mas al aproximarlo a sus labios, encendidos por la sed ardiente de su espíritu, anhelante de paz, se quedó espantado.

¡El vaso estaba vacío!

No podía dar crédito a lo que veía.

Se refregó los ojos con el dorso de la mano como si quisiera arrancarse una venda.

Pero todo esto fué inútil... La fuente seca...

¿Le habría engañado su propia ansiedad, haciéndole ver una fuente donde no la había, como engaña el espejismo con sus quiméricos oasis y sus ciudades fabulosas a los calenturientos beduínos extraviados y enloquecidos por la sed en las asfixiantes arideces del desierto?

Creyó sentir de nuevo el claro y armonioso rumor del agua.

Era la brisa, que agitaba las altas y finas ramas de los álamos.

Ilusionado otra vez, sin querer dar crédito a sus sentidos, volvió a arrodillarse y a tender el vaso.

El agua salvadora no surgía.

Palpó la piedra y la encontró aún húmeda, como si acabara de cortarse la corriente.

Una idea iluminó de súbito su incertidumbre y volvió a sonreir a la esperanza.

Los monjes del santuario ¿sólo dejarían correr sus caños de sol a sol?

Esperó, esperó inútilmente, y rendido de fatiga, agobiado bajo el peso y la balumba de tantas y tan contrarias emociones como habían agitado y conmovido su espíritu en aquella tarde,

Diputación de Almería — Biblioteca. Caballero del Milagro, El., p. 24

estrechando contra su corazón, como un amuleto sagrado, como una reliquia venerada, el tosco vaso de madera, se fué adormeciendo al pie de la fuente, mientras en la copa de los álamos lanzaba un ruiseñor sus frescos trinos de cristal, saludando a la plata flúida de la luna, que se alzaba majestuosa en los altos cielos profundos, glorificados de estrellas.

Y la voz del ruiseñor era, en el silencio de su ensueño, como el desgranarse de un surtidor en una límpida y refulgente lluvia de perlas.

## VI

Despertó de su desvanecimiento cuando ya los rayos del sol iluminaban de plano la tierra.

Una nueva sorpresa le reservaba su mala suerte. Se encontró en la adusta soledad de un camino accidentado y escabroso, a orillas de una vieja fuente de piedra, cuyo caño, carcomido por la herrumbre y cubierto de polvorosas telarañas, parecía muerto hace muchos siglos a las fecundas y fugitivas caricias del agua.

Unos pobres álamos raquíticos, casi esqueléticos, deshojábanse de sed en torno suyo; y la hierba del suelo tenía ese tinte de miseria y de abandono que distingue a los rastrojos en los áridos secanales, color de lepra, de esterilidad y de fiebre.

Diputación de Almería — Biblioteca. Caballero del Milagro, El., p. 25

¿Había sido todo una de las mil abominables pesadillas que solían asaltar su corazón después de una dolorosa vigilia de espantosos remordimientos?

¿En qué lugar maldito de espiación se había despertado? ¿Dormía aún y todo continuaba siendo un sueño?

Tendió los ojos para orientarse, por el amplio y magnífico paisaje que a sus pies se extendía, y un largo y hondo suspiro de satisfacción hinchó de nuevo su pecho.

A lo lejos, en el fondo paradisíaco de un valle primaveral, entre molinos y granjas rodeados de huertos y jardines maravillosos, serpenteaba, mansa y suavemente, el azul claro y cristalino de un río ancho y caudaloso.

En los remansos, dorados de sol, se reflejaba la fertilidad exuberante de las floridas y frondosas riberas, bajo la claridad celeste de los altos cielos serenos.

Una sonrisa de beatitud se aterciopeló en sus labios, duramente contraídos por el desencanto, y haciendo memoria de todo cuanto le aconteciera el día anterior, y recordando las piadosas y consoladoras palabras del Santo Ermitaño, sintió su corazón abrirse de nuevo a la esperanza, y disiparse, como los vapores de un mal vino después de un sueño profundo y largo, los temores y las pesadillas que empañaban su fe.

—¡Bendita sea la luz del Señor, que deshace las tinieblas y nos señala el verdadero camino!—exclamó, postrándose de hinojos y besando fervorosamente la tierra.

Y después, como atraído por la fascinación del lejano panorama del río, empezó a descender al valle, en una desenfrenada carrera, como si a la vista de las aguas se hubiese encendido más, en lo más profundo de sus entrañas, la hoguera voraz de su sed insaciable.

Corría con agilidades impropias de las fatigas de tantos años, espantando en su carrera a los verdes e irisados lagartos que tomaban perezosamente el sol entre las ásperas lajas donde tienen sus nidos.

Las aves del cielo volaban también, a su presencia, con

Diputación de Almería — Biblioteca. Caballero del Milagro, El., p. 26

esos largos y oblícuos vuelos de las palomas azoradas cuando sienten cernerse en los aires las alas del alcón.

Su manto de púrpura, franjeado de armiño, se desgarraba a girones en los cactus agudos y punzantes como moharras de lanzas y entre la aspereza espinosa y adusta de las zarzas y los majoleteros floridos.

Las plumas de su airón se extremecían a los vientos, desprendiéndose rotas del rico joyel de oro que las abarcaba entre sus broches de pedrería, como raras y sangrientas palomas.

Sudaba bajo el férreo agobio del arnés, saltando zanjas, bordeando precipicios, y abriéndose paso entre las espesas jaras del monte y el intrincado laberinto de la selva.

En un claro del bosque se detuvo un instante, jadeante de fatiga, casi extenuado.

Arrancóse en un esfuerzo desesperado el hebillaje de la coracina, y arrojóla, en unión del capacete, entre unos matorrales.

Una blanca bandada de palomas huyó asustada, ensombreciendo por unos instantes la refulgente claridad del cielo.

El castellano prosiguió con más ahinco su carrera, hasta que sus plantas se hundieron en las húmedas arenas de las orillas del río, haciendo saltar el agua a las amodorradas tortugas que se bañaban en la luz gloriosa del mediodía estival.

Y allí se detuvo, perplejo, asustado, al contemplar por vez primera en el espejo de la corriente, su figura miserable, donde la edad y las penalidades habían puesto su trágica máscara, desfigurando su rostro con arrugas tan profundas, que parecían surcos, empañando el fulgor de su mirada con sombras de espectrales apariciones, y haciendo emblanquecer sus luengas barbas y sus cabellos enmarañados.

Aguijoneado por la sed horrible de su espíritu, se inclinó sobre la corriente, dobló las rodillas y tendió el vaso...

Más de súbito, como arrebata el viento, en las frágiles inconsciencias de un sueño, los maravillosos paisajes y los encantados alcázares que constituían nuestro éxtasis, desapare-

Diputación de Almería — Biblioteca. Caballero del Milagro, El., p. 27

ció todo lo que le rodeaba, y se encontró tendido en el cauce pedregoso y estéril de una barranca desolada.

Y sin embargo, claros y sutiles rumores de agua parecían subir de profundidades ocultas hasta sus oídos atentos, como si alguna surgiente invisible fuera a romper la dura y última costra del granito que la aprisionaba, para resucitar al arenal que se pudría de sed bajo la modorra solar.

Pero la fuente no surgía: el misterioso alumbramiento quedó de nuevo detenido y encarcelado, hirviendo de ansiedad por desbordarse, entre las rudezas irreductibles de las rocas de no sabía qué lejanas montañas, o quizá en el fondo aún opaco y granítico de su propia alma.

Y otra vez le sorprendió la noche, desfallecido de cansancio y desesperación; dormido sobre la esterilidad eterna de los arenales, apretando contra su corazón irredento, como la única reliquia de su esperanza, el vaso sagrado, en cuyos bordes el Santo Ermitaño había esculpido toscamente los misterios y los milagros de fe de aquel dulce Rabbé de Galilea que había amparado a la adúltera, resucitado a Lázaro y redimido, con su perdón y sus palabras, a la hermosa e infatigable pecadora de Magdala...

## VII

El viejo y altivo castellano caminó muchos días buscando, en vano, la salvadora purificación del agua.

A su paso, se secaban las fuentes, cegábanse las cisternas,

Diputación de Almería — Biblioteca. Caballero del Milagro, El., p. 28

los ríos se hundían de pronto, como por arte de encantamiento, entre las arenas de los cauces, y hasta el rocío negaba a los cálices de las flores su frescura renovadora y fecunda...

Sus pies sangraban sobre el terruño devastado, como si anduviese sobre carbones encendidos. Y sus labios y su alma, su vida entera, parecían retorcerse y chirrear entre las voraces llamas de un incendio inestinguible.

Se había extraviado en un seco y amarillento erial, donde sólo alguna higuera raquítica y empolvada mostraba al sol, como sus llagas los mendigos, la miseria de sus verdores de leprosa...

Sólo se oía la somnolienta y alucinante vibración de la cigarra.

De pronto, cuando era más abrumante su fatiga, sus ojos contemplaron a lo lejos, bajo el incendio del sol, la bella silueta de una esbelta mujer, que con el ánfora de barro sobre el hombro, como en los viejos retablos bíblicos, regresaba cantando de la cisterna.

La gentileza de la figura, el ritmo de su paso y la suavidad oriental de sus facciones evocaban a aquella gentil y generosa Samaritana que, en una hora de sed semejante y en un arenal parecido, ofreciera a los labios abrasados del Nazareno, la frescura de su cántaro, a la sombra de las palmeras y de los tamarindos, junto al brocal de la cisterna...

La gentil doncella continuaba avanzando.

Cantaba una canción ingenua y suave... Y su voz y sus cantos tenían dulzuras de panal y rumores de agua corriente...

El castellano la detuvo con un gesto de súplica.

—Santa y bella mujer, por el amor de Dios, dame un poco de agua de tu ánfora, la suficiente para llenar este tosco vaso de madera.

Vengo muerto de sed y de fatiga, y si tú no me socorres, caeré desfallecido en estos arenales, para servir de pasto a las águilas que se ciernen en el azul y a los chacales famélicos que aullan en las montañas vecinas!

Diputación de Almería — Biblioteca. Caballero del Milagro, El., p. 29

La doncella apoyó el ánfora en el seno, y en un gesto de invitación, inclinó hacia adelante las arrogancias de su busto, ofreciendo, como un labio humano que se entrega al beso, la boca de su cántaro al vaso del castellano...

Pero el milagro del agua no se hizo...

El ánfora estaba vacía...

La doncella le miró aterrorizada, y como si hubiese tropezado con ese genio infernal que ronda, alrededor de las cisternas, para saciar la sed de sus apetitos en la sangre de las inocentes zagalas que van a llenar en ellas sus vasijas de barro, hizo tres veces la señal de la cruz y huyó, dejando caer al suelo su cántaro...

El anciano se desplomó exánime sobre las arenas, agotadas sus fuerzas, y sintiendo ya en sus miembros secos pasar, como en brusco escalofrío, la sombra fugitiva de la muerte...

—¡Señor, no me abandones! ¡No me dejes morir así, despojado de tu gracia y condenado al eterno fuego del infierno!—suspiró en un esfuerzo desesperado y supremo de agonía...

Toda su pobre alma desfallecía en la terrible angustia de sus palabras...

Y sintió algo así como si unos brazos invisibles le sostuvieran levantándole del suelo...

Y sus ojos se abrieron de nuevo a la esperanza al contemplar entre un rasgón de la niebla la inmensidad azul y rutilante del mar cercano, que la ofrecía convertida en oro por los rayos del sol, la eternidad inagotable de sus ondas sonoras...

Y la corriente de agua interior, vencida por fin la dureza granítica de la última costra que la encarcelaba, parecía ya próxima a estallar y desbordarse por su alma para purificarle de toda mancha y absolverle de toda culpa.

Diputación de Almería — Biblioteca. Caballero del Milagro, El., p. 30

## VIII

Y comenzó a caminar por las arenas en busca de aquel mar que se abría a su desfallecida esperanza como un maravilloso ensueño de redención.

El rumor polifónico de las olas tenía para sus oídos un encanto irresistible y fascinante, como si resucitase en él todo el antiguo y mágico prestigio del eterno mito de las sirenas.

Oía divinas músicas en el viento; tañidos de laudes y suaves orquestaciones de arpas de cristal y oro que subyugaban sus sentidos, despertando en ellos percepciones desconocidas, anhelos jamás imaginados e imprevistas embriagueces...

Algo inefable se iba abriendo en el fondo de su corazón como una flor de maravilla que surge en la hendidura de dos rocas sobre el abandono de una tumba olvidada.

Y sus pasos se hacían cada vez más ligeros, dejando sobre las arenas regueros de sangre...

¿Mas qué importaba la sangre y el cansancio y las heridas y todos aquellos dolores que se agudizaban en las miserias, de su carne, ante la suprema serenidad, ante el deliquio inefable, ante la seráfica beatitud en que se iba arrobando su espíritu?

Ya aspiraba la fresca caricia de las olas en las brisas salobres... Ya salpicaban sus pies desnudos las blancas espumas...

Pero el mar retrocedía como huyendo de la profanación de sus plantas...

Diputación de Almería — Biblioteca. Caballero del Milagro, El., p. 31

Y el viejo castellano, exhausto, rendido, jadeante y sudoroso, corría tras el oleaje sin que jamás lograra alcanzarle.

Hubo un momento en que no pudo más.

Sus rodillas se doblaron, sus ojos se tendieron al cielo, y de sus labios lívidos y secos se escapó aquella queja desconsolada que la angustia del Hijo de Dios elevó a su Santo Padre, al morir, en la cruz, para redimir los pecados de los hombres:

—Señor, Señor, ¿por qué me has abandonado?

La corriente, por fin, rompió su última clausura.

Una frescura súbita ascendió de lo más profundo de su corazón, inundándole todo, hasta llegar a sus ojos y deshacerse en sus pestañas...

Una lágrima, la primera lágrima de su vida, surcó sus mejillas y fué a caer en el fondo del tosco vaso de madera...

Y el vaso se desbordó de un agua clara y dorada que, al derramarse sobre los secos arenales, les hizo florecer en una primavera de rosas de milagro, mientras los ángeles y los serafines, en la apoteosis gloriosa del cielo, agitando sus turíbulos y tañendo sus arpas de oro, clamaban en un coro de melodías infinitas las más bellas e inmortales palabras de redención:

—¡Aleluya! ¡Aleluya!

Francisco Villaespesa

Diputación de Almería — Biblioteca. Caballero del Milagro, El., p. 32

LA NOVELA CORTA publicará en breve

El sembrador

POR

LINARES RIVAS

La dama de Urtubi

POR

PIO BAROJA

Nada menos que todo un hombre

POR

UNAMUNO

Intelecto y Belleza

POR

POMPEYO GENER

Diputación de Almería — Biblioteca. Caballero del Milagro, El., p. 33

# Números publicados por LA NOVELA CORTA

1. Benito Pérez Galdós:
   Sor Simona.
2. Joaquín Dicenta:
   El hijo del odio
3. Hoyos y Vinent:
   El caso clínico
4. Condesa de Pardo Bazán:
   La aventura de Isidro
5. Cristóbal de Castro:
   Pluma al viento
6. Manuel Linares Rivas:
   El poder de la ilusión
   Pedro de Répide:
   El camino de los brazos
7. Manuel Bueno:
   El umbral del drama
8. Carmen de Burgos (Colombine):
   Villa María
9. García Sanchiz:
   El baile
10. Dicenta:
    Garcés de Marsilla
11. Eugenio Noel:
    El "allegretto" de la Sinfonía VII
12. Juan Pérez Zúñiga:
    El gran bromazo
13. Ramón Pérez de Ayala:
    Luz de Domingo
14. Eduardo Zamacois:
    Los últimos capítulos

B. Dip. Almería
AL-821-VIL-cab
1003684
Diputación de Almería — Biblioteca. Caballero del Milagro, El., p. 34

# PASTILLAS PERKINS

**de THE NATIONAL HERB COMPANY, de Washington**

Medicamento puramente vegetal, que, por sus innumerables curaciones, ha conquistado extraordinaria fama en los ESTADOS UNIDOS, alcanzando una venta verdaderamente fabulosa.

No tiene rival para combatir con éxito seguro las enfermedades producidas por la impureza de la sangre, siendo eficaz en el tratamiento de CONSTIPACIÓN, REUMA, ESTÓMAGO, HÍGADO, RIÑONES, ERISIPELA, AFECCIONES DE LA PIEL, IRREGULARIDADES DE LA MUJER, etc.

El tratamiento por las PASTILLAS PERKINS sólo cuesta **¡4 CÉNTIMOS DIARIOS!**

De venta en Madrid: Farmacia Gayoso, Arenal, 2 y en los Centros de específicos y principales farmacias de España. Precio, 2 pesetas la caja de 50 dosis. AGENTE GENERAL EXCLUSIVO en España: JUAN GASSOL, Ronda San Pablo, 59, Barcelona, a quien pueden solicitarse SUBAGENCIAS para cualquiera población española.

GRAN ECONOMÍA

# MUEBLES

SAN LORENZO, 11


## Advertencia

Servimos suscripciones de **La Novela Corta** a partir del primer número, si así se solicita.

Esta **Administración** no sirve números sueltos.


# Compañy-Fotógrafo

Madrid — Fuencarral, 29

# Publicidad en La Novela Corta

**Agencia exclusiva para**

**Cataluña y Extranjero**

# Roldós y Comp.ª

**Rambla del Centro, 37**

100384

# BARCELONA

PAPEL DE LA PAPELERA ESPAÑOLA


Diputación de Almería · Archivo Histórico Provincial

**Conviene saber**

Que el cabello se conserva bien si se le cuida; necesita higiene. El cabello descuidado, se vuelve [illegible] seco y cae. [illegible] es preciso comunicarle nuevo vigor, aplicándole un buen nutritivo. El mejor es **La Flor de Oro**, incomparable agua para fortalecer el cabello y conservarlo abundante, suave y con su color primitivo. Se vende en las perfumerías y droguerías.

| 2.ª columna | 3.ª columna |
|---|---|

# La Novela Corta

## Tarifa de anuncios en la cubierta.

| | |
|---|---|
| Última página, entera, con texto a dos colores..... | 700 ptas. |
| Idem. íd. íd. un solo color. | 600 » |
| Línea del cuerpo 7 en la última página, a un solo color, por el ancho de una columna ..... | 3 » |
| Penúltima página, entera, un solo color..... | 400 » |
| Línea del cuerpo 7, en la penúltima página, a un solo color, por el ancho de una columna ..... | 2 » |

Cada página de anuncios de nuestra Revista se divide en tres columnas.

El rayado que cierra este anuncio indica la extensión de cada línea y columna.



Diputación de Almería — Biblioteca Caballero del Milagro, El. p.36